

RELACIONES HISTÓRICAS DE LA MEDICINA DE ARGENTINA Y GRAN BRETAÑA

*Comunicación del académico Leonardo Mc Lean
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 27 de agosto de 2008*

RELACIONES HISTÓRICAS DE LA MEDICINA DE ARGENTINA Y GRAN BRETAÑA

Por el Académico DR. LEONARDO MC LEAN

El año pasado en el mes de noviembre, me tocó coordinar un simposio organizado por la Academia Nacional de Medicina con el título de “Relaciones históricas de la medicina Argentina y Gran Bretaña”. Dado el interés que despertó, me pareció oportuno traer esta breve disertación al ámbito de esta Academia.

La relación a través de la medicina de un país ampliamente secular y otro relativamente joven como la Argentina, se establece a través de hechos o personalidades del primero que interviene en la iniciación del más joven, para luego ensamblarse mediante nuevos contactos recíprocos.

El país más antiguo estaba cómodamente situado en la vanguardia de los adelantos europeos y, a veces, liderándolos.

Distinta era la situación en el Gobierno del Río de la Plata, la más descuidada de las posesiones españolas en América, con abundancia de tierras y ganado, pero sin riqueza minera y una enorme distancia de peligrosa navegación desde Europa que duraba no menos de un mes y medio de penurias y riesgos.

A mediados del Siglo XVII, Buenos Aires era una poblado de unas 400 casas en las que se desenvolvían médicos, principalmente españoles o portugueses y algunos flamencos o británicos; éstos eran generalmente, médicos de la South Sea Company que, a veces, se radicaban en el Río de la Plata o en el interior.

Sin embargo, a mediados del siglo se comienza a tomar mayor auge, al aumentar las exportaciones y el comercio con España. La predominancia Inglesa en los mares se había incrementado como consecuencia de la derrota de España y Francia a manos de Inglaterra, Holanda y Austria en 1713, cuando esta alianza obtuvo importantes concesiones marítimas por el Tratado de Utrecht. La South Sea Company obtuvo así el monopolio del comercio de esclavos en las colonias españolas de Sudamérica, que contaban con factorías en Cartagena, Veracruz, Buenos Aires, La Habana, Portobello, Caracas y Panamá. Estos barcos traían también productos manufacturados muy necesarios en la colonia, activando mucho el comercio y regresando con cueros, sebo, lana y minerales.

El siglo XVIII tampoco se destacó por grandes adelantos conceptuales o técnicos, pero se nutrió de personajes creativos como el grupo de los bethelimitas que, con conocimientos médicos, de enfermería, botánica y de administración, se hicieron cargo de la administración del hospital de la Ciudad de Buenos Aires.

Los primeros médicos británicos de nota llegaron a nuestras costas, precisamente en el siglo XVIII. Entre ellos, el notario inglés Thomas Dover, inventor de los polvos diaforéticos del mismo nombre, quien vino como médico de a bordo de la ya citada compañía naviera y que fuera luego presidente de la factoría de Buenos Aires del 1715 al 1717.

De la misma forma arriba al país un destacado médico que fue el Dr. Thomas Falkner, oriundo de Manchester, Inglaterra, donde se graduó. Era paleontólogo además de médico y había sido comisionado por la Royal Society of Medicine de Inglaterra para el estudio de plantas y aguas en esta zona de Sudamérica. A poco

de llegar y alrededor de 1731 enfermó gravemente y, después de curar bajo los cuidados de monjas católicas, se convirtió al catolicismo e ingresó como novicio en la Congregación de Jesús. En 1768 fueron expulsados de España y de las colonias todos los jesuitas. De regreso a Inglaterra, Falkner fue capellán de Hereford. Fue un hombre extremadamente bondadoso, que trabajó activamente como misionero durante casi 40 años en la Argentina.

Pero no hay duda de que el primer esfuerzo de organizar la “cosa médica” corresponde a un británico en la persona de un irlandés: Miguel O’Gorman. No llegaba con pocos títulos; era un erudito que dominaba cinco idiomas, español, inglés, francés, griego y latín, leyendo los clásicos en esta lengua muerta. Había estudiado medicina en Reims y París entre 1761 y 1766, graduándose en este año con brillo y honores y revalidando en Madrid.

Llegó a nuestro país a los 42 años, en 1777. Había aprendido la inoculación antivariólica en Londres introduciéndola en España en 1771, y más tarde, había logrado su generalización en el Río de la Plata donde cundía la viruela, la más funesta y repugnante de las epidemias, haciendo sus estragos.

Se mencionan en ese período algunos apellidos médicos británicos como Robert Young, Patrick Gedd que se radicó en Mendoza y luego en Chile, Robert Espren que fuera director de la Entidad de Importación y Robert Fonteyn; además de William Toller, John Burnett, John Mylan y Francis Hall, que no parecen haber sido de mayor consecuencia fuera de la atención de la colectividad.

Al cesar sus actividades en 1740, la South Sea Company, disminuyó la presencia de médicos de origen británico en la colonia.

A mediados de siglo, se produjo una aguda escasez de médicos, dado el aumento de las epidemias de viruela, cólera y fiebre amarilla.

En 1776 el rey Carlos III de España, creó el Virreinato del Río de la Plata en vista del franco aumento del comercio y de la distancia que lo separaba del Virreinato del Perú; esto incluía territorios actuales de Argentina, Bolivia, Paraguay, Uruguay y el estado de Río Grande de Brasil.

Al año siguiente, el Virrey Ceballos comenzó un intento de exigencia de títulos, licencias o certificados para el ejercicio de la medicina, la cirugía y la farmacia y con el arribo de Gorman, en 1778, el Virrey Vértiz por su cuenta y riesgo, creó el Protomedicato del Río de la Plata, con real orden aprobatoria en 1799 del Tribunal del Protomedicato y con orden de establecerse una cátedra de medicina y otra de cirugía, a cargo de Gorman y Agustín Fabre respectivamente.

Vértiz, llamado el Virrey de las Luminarias, a quien Bartolomé Mitre consideró el Rivadavia de la época colonial, además de implantar el Protomedicato, fundó la casa de los Niños Expósitos, introdujo la imprenta en Buenos Aires y preparó el terreno que llevó a la creación de la Universidad en 1821. Fue Virrey entre 1778 y 1785.

Volviendo al Doctor Miguel Gorman, fue quien obtuvo la creación del Protomedicato por célula real y lo presidió ocupando el cargo de “Protomédico General y Alcalde Mayor” de todos los facultativos de Medicina, Cirugía, Farmacia y Flebotomía entre los años 1780 y 1802. Renunció en 1802 por razones de salud, sucediéndolo Cosme Argerich.

Además del Protomedicato y de la inoculación artificial para combatir la viruela, propuso la “creación de las Academias en el Río de la Plata”, la reválida médica y las primeras certificaciones para poder ejercer la autopsia en casos de muerte dudosa y la difícil limpieza del estado lamentable de la ciudad y la organización de los hospitales en 1778.

Gorman impuso además de la limpieza de las calles, el retiro de animales muertos, la inspección de corrales y lugares de matanza de animales, el traslado de basura a lugares distantes, el examen de alimentos obligando también a la incineración de muebles, útiles o ropas contaminadas de los enfermos fallecidos por enfermedades infectocontagiosas, obligando al nuevo revoque y blanqueo de las habitaciones infectadas. Construyó cementerios y leprosarios e impuso el aislamiento de esclavos que llegaban por vía marítima, muchas veces portadores de viruela y otras epidemias.

En carta a Mariano Moreno, en 1810, referente al proyecto de éste de crear la primera Biblioteca Popular, Gorman le anunció una importante donación de su biblioteca personal, expresándose “ansioso de corresponder al aprecio, distinciones y beneficios que he debido a los habitantes de esta Capital, en el largo espacio de 32 años que resido en ella”.

Se cree que Gorman, siempre acarició el deseo de ser recordado como benefactor de su patria de adopción.

Obtuvo su jubilación en el año 1816, falleciendo en la indigencia en 1819, “así moría un hombre comprometido con una gran causa que benefició a la medicina y la sanidad de nuestro país”.

En 1805, España y Francia perdieron de nuevo el dominio de los mares en la batalla de Trafalgar. A consecuencia de ello y de la política expansionista de Gran Bretaña, en la mañana del 25 de Junio de 1806, tropas inglesas desembarcaron en las playas de Quilmes bajo las órdenes del General William Carr Beresford, quien se instaló en el fuerte en lugar del virrey, confirmó a las autoridades y a los empleados, y les hizo jurar fidelidad al rey de Gran Bretaña. Asediado por Liniers, se rindió el 12 de agosto de 1806, replegándose en el fuerte, haciendo izar la bandera de parlamento. Cabe destacar aquí figuras ilustres como Juan Martín de Pueyrredón, Martín de Alzaga, entre otros y la civilidad.

Según la tradición, Liniers entró al Cabildo para encontrarse con Beresford, quien quiso entregarle su espada, gesto que el jefe de la Reconquista no admitió; la rendición, sin embargo quedaba sellada.

Y aquí una anécdota simpática, según cuenta el Canónigo Sanguinetti: “Entre los vecinos animosos, que se quedaron desafiando el peligro, estaba Martina Céspedes, que con sus tres hijas atendía un pequeño negocio en el barrio del Alto. En un intervalo de la lucha varios soldados británicos, algo alegres, se acercaron al almacén de Martina, para reaprovisionarse de comestibles y bebidas, la que mediante un ardid y con ayuda logró apresarlos y amarrarlos. Al día siguiente, libres del efecto de la bebida, pero no de la soga de Doña Martina, quizás los soldados ingleses no lamentaron su suerte, viéndose custodiados por tres hermosas jóvenes armadas con sus propios fusiles, menos peligrosos para ellos que las miradas, especialmente de la más joven, dirigidas a un apuesto soldado convertido en prisionero de guerra y de amor”. Cuando después de la heroica resistencia, Doña Martina se presentó ante el jefe de la plaza, éste elogió a la valerosa mujer y en premio la nombró Sargento Mayor del ejército con goce de sueldo y uniforme. Pero en el momento de entregar los prisioneros, Doña Martina presentó uno de menos, diciendo que el que faltaba lo quería su hija menor para casarse con él, condición que fue festejada por Liniers y el estado mayor que lo rodeaba.

Las invasiones inglesas dejaron sus “huellas”, muchos de ellos quedaron, se casaron con nativas, cambiaron sus nombres, razones que llevaron a la colectividad británica a ser en una época, la más numerosa de las extranjeras en Buenos Aires.

En el siglo XIX, años 1809-17, se destaca un detalle de cierta relevancia, y es que dos de nuestros próceres han tenido como colaboradores y muy amigos, a dos médicos británicos: Manuel Belgrano a Josephus Redhead, nacido en la entonces isla británica de Antigua, fue su médico y amigo; y Diego Paroisser, inglés pero

de familia francesa, a quien José de San Martín nombró su cirujano mayor, amigo y “aide-de-camp” del Ejército de los Andes.

El 12 de agosto de 1821, el ilustre ministro Bernardino Rivadavia firmaba el decreto fundacional de la Universidad de Buenos Aires y la organización del Departamento de Medicina seis meses más tarde, el 8 de febrero de 1822.

Es en este año 1822 que se fundó la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, 40 años después que el médico irlandés Miguel Gorman proyectara su creación con el anhelo de elevar a la medicina en su patria de adopción.

Pero debemos considerar que la idea creadora de la Academia Nacional de Medicina nació sin duda en la mente del ministro Bernardino Rivadavia. En ese entonces la ciudad contaba con 55.000 habitantes entre los que se contaban 59 facultativos, entre médicos y boticarios, y al hacerse un llamado de posibles académicos se presentaron 35 profesionales, lo que se consideró excesivos. Se limitó entonces a 15 miembros de número y 6 llamados correspondientes. Uno de los académicos elegido como miembro de número fue James Lepper, irlandés de 37 años, que era médico naval graduado en Oxford. El destino lo llevó a conocer y a atender a Napoleón Bonaparte al estar éste cautivo en el Belerophon en Torbay, estando Lepper embarcado en una de las fragatas que lo custodiaban, Napoleón simpatizó con Lepper y se le ofreció el cargo de acompañarlo a Santa Elena, pero Lepper no lo aceptó.

Al año siguiente de su incorporación a la Academia, fue nombrado Secretario para el Exterior de la misma, en 1824 se lo nombró médico de la Sección Salud Interior de la Ciudad que correspondía a una de las cuatro comisarías de Policía, en la que debía dar dictamen en apoyo de los Jueces de Paz en lo concerniente a la Medicina. Más tarde, ya en época de Rosas, fue el encargado de trasladarse a Santa Fe para constatar el estado de salud de otro hombre fuerte de la Federación, Estanislao López. Luego de con-

firmar que padecía una bacilosis pulmonar, lo acompañó a Buenos Aires para su mejor tratamiento, pero sin encontrar alivio, regresó López a morir a Santa Fe. En agradecimiento, Lepper, recibió de Rosas una casa con altos en la calle Potosí, hoy Alsina. Lepper fue médico personal de Juan Manuel de Rosas, con quien estableció una firme amistad y puede decirse que fue su confidente.

De acuerdo a los documentos epistolares, Lepper escuchaba los “largos monólogos apasionados de Rosas” a altas horas de la noche, lo que hace suponer a autores como Loudet que conocía con anticipación muchas intenciones de Rosas.

El dictador fue un fiel enfermo, no variando nunca su confianza en Lepper para su atención y la de su familia. Fue así que lo asistió en todos sus episodios de litiasis urinaria, y le debió extraer por maniobras instrumentales dos cálculos grandes.

El segundo británico nombrado al inicio de la Academia Nacional de Medicina, fue Andrew Dick nacido en Escocia en 1790 habiéndose graduado de médico en la Universidad de Glasgow y ocupando el sitial N° 12, quien se constituyó en un abanderado de la educación física, enseñando y fomentando la gimnasia, las marchas, el atletismo, el lanzamiento del disco, las carreras pedestres y también el cricket, que se practicó aquí antes que el fútbol y así terminó de cimentar la fama de excéntricos de los ingleses. Se lo describió como un hombre rudo y frontal pero un médico muy hábil que amasó una fortuna considerable y era propietario de una estancia importante en la Provincia de Buenos Aires con 30000 cabezas de ganado. A su muerte donó al Hospital Inglés la suma de \$ 100.000.

En los 186 años de vida de la Academia Nacional de Medicina que median de 1822 a 2008 inclusive, se han hecho 280 nombramientos de los que pasada la docena tenían ascendencia paterna británica; otra cifra sin determinar tendría esa ascendencia materna.

Si nos remontamos al año 1827, en esta época la colectividad Británica era la más numerosa de las extranjeras, calculándosele 8000 habitantes, seguida por los franceses con 6000 y los italianos con 5000.

Los miembros de la colectividad comenzaron a preocuparse del cuidado de sus connacionales, que inclusive tenían dificultades idiomáticas para hacerse entender por ser una buena parte de ellos marineros.

Por entonces, se fundó el primer dispensario británico en el año 1827, la Sociedad Filantrópica Británica. Comprobado el éxito y la necesidad del dispensario se comprendió la necesidad de tener un hospital, tomando el liderazgo el Reverendo Barton Lodge, logrando inaugurar el Hospital Inglés en Independencia N° 15 esquina Balcarce que hoy es el “Viejo Almacén”, esto fue en 1844.

En el año 1848, se realizó la primera anestesia en el país en el Hospital Británico, con eter y cloroformo para operar una osteoclasia de femur a cargo del cirujano John Mackenna.

El Hospital Inglés, luego llamado Británico desde su humilde origen en el año 1827 cambiaría de ubicación varias veces: en 1847 se mudó a la quinta de Wilde en la esquina de las calles Via monte (antes Templo) y Uruguay. En 1859 pasaron a una casa en la esquina de Caseros y Bolívar (esta vez con la ayuda del gobierno británico que pagó la mitad de las 3000 libras desembolsadas). En 1886 llegó a su actual solar y definitivo en Caseros y Perdiel.

Un miembro excepcional de la comunidad médica británica fue el doctor John O'Connor, irlandés, nacido en Carrick-on-Shannon en 1863. En un principio fue médico residente en el Royal Free Hospital de Portsmouth, pero buscando nuevos horizontes fue contratado por la Compañía Minera San Luis en la Argentina, que pronto se fundió, viajando entonces a Buenos Aires. Aquí, habiéndolo precedido su fama de cirujano capaz, ingresó

como residente al Hospital Británico en 1891, después de haber revalidado su título en este país.

Por sus condiciones llegó a ser el médico más importante del hospital, llegándose a decir que O'Connor "era" el hospital.

Como buen irlandés O'Connor unía a su carácter fuerte un conjunto de gracias sociales. Habiendo sido un gran nadador y remero, más tarde daba preferencia a la marcha, tennis, golf y al bridge.

Tenía buena voz de barítono y amaba la ópera y el belcanto, poniendo a buen uso esas cualidades en los banquetes que ofrecía a sus amigos anualmente en las noches de St. Patrick.

O'Connor era un cirujano extremadamente rápido, y además creía en las virtudes tónicas del alcohol en dosis moderadas, inclusive para los enfermos. A los 63 años moría este hombre admirador de la lealtad, de la naturaleza y de Bariloche, adonde el nombre de una calle lo recuerda.

Para finalizar deseo recordar a dos cirujanos de parecida estirpe y de imborrable huella en el Hospital Británico y en la colectividad británica: Jorge Mulcahy, hijo de padre irlandés, también médico quien llegó al país cuando contaba con 18 años. El Dr. Jorge Mulcahy nació en 1893, fue el mayor de cinco hermanos e integró la primera camada de estudiantes del St. George's College en 1906, completando sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires, graduándose de médico en 1919 –discípulo de Pedro Chutro– ingresó al Hospital Británico en 1929, rápidamente reconocido como el primer cirujano de la colectividad, formando numerosos discípulos entre quienes descolló el Dr. Alberto Laurence quien lo sucedió en la jefatura del Servicio de Cirugía, formando importante escuela, alcanzando renombre internacional. Maestro de la cirugía argentina, fue designado en 1970 Miembro de la Royal Society of Medicine de Gran Bretaña y en 1986 Honorary Fellow y Vicepresidente del "International Society of University Colon and Rectal Surgeons".

En 1989 fue elegido miembro de Número de la Academia Nacional de Medicina, quien por propia voluntad pasó a la categoría de miembro emérito en el año 2006, habiendo yo tenido la enorme distinción de sucederlo, ocupando el sitial por él dejado vacante, y a quien debo agradecer me haya permitido utilizar gran parte de su investigación que esta tarde he podido desarrollar ante ustedes.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los Señores Académicos:

Académico Gregorio Badeni

Felicitaciones al expositor, porque nos ha detallado la importancia que para nosotros tiene la influencia de los médicos británicos del siglo XVIII en el desenvolvimiento de la medicina en nuestro país.

Académico Correspondiente Alfredo Martínez Marull

Simplemente, además de felicitar al Académico Mc Lean, por su exposición, recordar el valor de la Academia Nacional de Medicina, a la que pertenezco, por su excelente labor en la medicina a través de los tiempos y resaltar, al Académico Laurence, Académico excelente de ejemplo nacional. Quisiera agregar una breve reflexión a lo expresado por el Dr. Mc Clean. Lord Sydenham, el Hipócrates inglés, gran médico clínico; recomendaba que para aprender medicina había que leer el Quijote, dada la enseñanza de vida que tiene la obra.

Académico Hugo O. M. Obiglio

Me adhiero a las felicitaciones de la exposición del Académico Mc Lean. Quería hacer un breve comentario sobre las circunstancias particulares que llevaron al desarrollo y un poco a generar un liderazgo de la medicina inglesa en un país que se estaba gestando.

Hice, a raíz del título de la exposición del Académico Mc Lean, una pequeña revisión de la historia de la medicina aquí en América del Sur concretamente en lo que hoy es nuestra Argentina, en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pero queda claro que en el siglo XVI, entre 1560 y 1580, se crearon seis hospitales formales en esto que hoy es la Argentina, ubicados en lo que hoy es Santiago del Estero, en Salta, Tucumán, en Santa Fe, (donde coincidió con su fundación) y en Buenos Aires. Es decir que ya había un criterio que acompañaba a la colonización y que estaba vinculado justamente con preservar la salud de los que participaban de la misma.

Por otro lado es cierto que Inglaterra en función de dominar los mares en el siglo XVIII, tuvo una presencia cierta y activa en el campo médico argentino. Es cierto también que el primer hospital comunitario fue el inglés, el segundo hospital fue francés y después vino el italiano. De este último tengo datos especiales porque fue mi abuelo uno de los integrantes de sus primeras comisiones directivas a fines del siglo XIX, obrando en mi poder actas y balances de las reuniones realizadas en ese entonces. ¿Qué quiero decir?: Que ya comenzó el entorno cultural a pergeñar figuras que estaban fuera de lo tradicional que era lo inglés hasta ese momento.

El Hospital Rawson que fue y se creó en el año 1860 con motivo de la guerra de la triple Alianza, se llamó el Hospicio de Inválidos, a los quince años se cambia el nombre de Hospicio de Inválidos por Hospicio Mixto de Inválidos. Allí ejercieron gran-

des cirujanos que completaron su formación en Europa, fundamentalmente en Francia que fue el segundo país de importancia dentro de la cosmovisión de la medicina argentina. Traigo esto a colación porque la escuela francesa fue también una gran escuela quirúrgica a la cual he admirado. Por supuesto que me merecen un gran respeto los grandes cirujanos de raíz y de formación británica que han habido aquí, alguno de los cuales conozco personalmente como es el caso del Académico Laurence. No quiero dejar de nombrar al doctor Chutro (fue un héroe en la primera guerra mundial como médico en el frente de batalla) quien creó una escuela de cirugía muy importante. El doctor Finochietto también pasó parte de la primera guerra mundial y se quedó en Europa un tiempo, siendo ambos condecorados, reconociéndose su valentía y su acción médica en el frente de batalla con la Legión de Honor.

Quiere decir que hubo toda una escuela también que se soportó en su momento por razones particularísimas en la medicina francesa.

Finalmente el mundo explotó, la globalización hizo que ahora nuestra juventud mire más hacia Estados Unidos que hacia Europa, en lo que hace a la formación de postgrado de nuestros médicos. En el momento actual las personalidades, la individualidad quedan un poco desdibujadas, ocultas por el trabajo en equipo. Quiero de nuevo agradecer y felicitar a nuestro orador porque realmente hay que reconocer y marcar pautas en lo que hace a la historia de la medicina argentina y sin duda la inglesa tuvo un factor preponderante y primerísimo en su tiempo y momento.